

ESTUDIOS

EL GRAN MARIANO

Por LUIS BELTRÁN GUERRERO*

De todos los estilistas venezolanos de prosa crítica —González, Toro, Acosta, Díaz Rodríguez, Coll, Zumeta— ninguno le supera en la expresión, menos en la unidad, cuantía y trascendencia de su obra. La de ficción es una anécdota: *Mundo Imaginario*, *Odisea de Tierra Firme*, *Registro de Huéspedes*, libros no incluidos en sus Obras Selectas, hasta *Los Tratos de la Noche*. Una anécdota, sí, pero que hubiera bastado para disfrutar de un nombre nacional a cualquiera otro. Sólo el cuento *Los Batracios* merece su aprobación crítica en los años maduros. Como crítico, en cambio, desde *Buscando un Camino*, están formadas sus ideas estéticas aplicadas al fenómeno literario venezolano. En *Formación y Proceso de la Literatura Venezolana*, veinte años después, no hace sino ampliar esos juicios, ordenarlos, organizar el cuadro lógico, general y comprensivo de acuerdo a métodos y tendencias de historiografía contemporánea. No obstante lo rápido y sumario de su visión, tampoco ha sido superada su historia literaria en los puntos fundamentales.

Tuvo Mariano una verdadera formación clásica. Aprendió el latín con el después Obispo Miguel Antonio Mejía, gran maestro occidental, y gustaba recitar, ayudado de su prodigiosa memoria, versos de las églogas virgilianas. Profesor de Estética y de Historia del Arte, no sólo fue el historiador de nuestra Literatura, sino también de nuestra Pintura. Una de las primeras valoraciones de Armando Reverón a él se debe. Llevaba la z de Venezuela en la frente, como Alfonso Reyes llevaba la x de México; ambos, universales y nacionales al propio tiempo. Pensaba en una Suma de Venezuela, que comprendiese cuanto escribió en pos de esclarecer los avatares de su propio país. Como Fichte a la nación alemana, en vísperas de la elección presidencial de 1941, dirigió Cinco Discursos a la Nación. Muchos de sus libros de ensayo abordan el problema y destino de su patria para hacerla comprender a los demás, y hasta sus biografías de Miranda, Simón Rodríguez, Castro, no son sino capítulos de esa Comprensión de Venezuela. Interpretó a su país como a Chile, su segunda patria, donde estudió historia, y llegó a ser por breve tiempo el segundo Rector venezolano de su Universidad —en días de torbellino político—, después de Andrés Bello, con quien guarda

* Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia. Sillón Letra "G".

no pocas semejanzas, entre ellas la de haber sido calumniado por quienes no soportaban su estatura. Bello, el tratadista; Mariano, el ensayista.

Poeta de las ideas, Mariano pasaba, con su ubicua cultura, por todos los temas, vivificándolos, hermoseándolos, dándonos a chupar el néctar vario de muchas y variadas flores. Su fuerza estaba en la multiplicidad de gérmenes constructivos que poblaban su prosa elegantísima. Rico en ideas, pocas veces se detuvo en desarrollarlas. Su ascendencia intelectual no era precisamente teutónica; sus abuelos eran Platón, Montaigne. Su penetración de las formas sociales y culturales no se limitó a Venezuela y Chile; abordó la interpretación de México, de la Argentina, del Brasil, de Suramérica en general, y en un momento clave de transformación histórica (1937), formuló a Europa preguntas removedoras de conciencias. Hubiera deseado ser un erudito sedentario, que terminase sus días como Rector de la Universidad de Los Andes, pero la vida le hizo viajero por distintos mundos. Por donde quiera que pasó, se detuvo a meditar sobre lo circundante. Era escritor nato. No podía dejar de escribir. Como André Gide, no cual Paúl Valéry.

Su verdadera formación estética, profunda, vivencial, se la dieron el paisaje, las cosas y los hombres de Mérida. Páginas más frescas en la plenitud de la añoranza que el Viaje al Amanecer sólo tiene equivalente en nuestra literatura con las Memorias de Mamá Blanca, de Teresa de la Parra, y en la lengua castellana pocos libros pueden igualar a cualesquiera de ellos, en sus valores arquetípicos. Obra maestra de evocación, *Viaje al Amanecer*, como *Pedro Claver* es otra obra maestra en el género biográfico. En la interpretación histórica, lo es *De la Conquista a la Independencia* (1944), que le valió su designación como Correspondiente de la Academia Nacional de la Historia en la Argentina —bien recuerdo que Ricardo Levene reclamaba este honor para ellos— antes de serlo de nuestra propia Academia Nacional de la Historia, a cuyas sesiones, si pocas veces había concurrido, recientemente había manifestado que comenzaría a ser un puntual asistente. Pedro Henríquez Ureña dijo (*Plenitud de América*) de ese libro que era “uno de los primeros intentos de síntesis de las nuevas maneras de considerar los tres siglos coloniales, y está sustentado en vastísimas lecturas y nutrido en viajes. Comienza describiendo “el legado indio”, no el pasado indio como cosa muerta, según le habría descrito treinta años atrás. Procede luego a estudiar las “primeras formas de trasculturación” o de fusión, con los primeros asentamientos de población europea, Señala la aparición de expresiones propias de América en el siglo XVII, principalmente en formas barrocas; aun sin necesidad de influencia indígena, las ideas y las cosas de Europa se transformaban en la tierra nueva, como es natural... El autor sabe recordarnos que el pasado es lección para el presente, si sabemos leer”.

Historiador de la cultura, no se quedó en crítico ni ensayista con ser grande en ambas categorías. Humanista con sentido y perfección de la actualidad universal, superpuso los valores morales a los materiales y efímeros. Sobre la nutrición, la figuración y el dinero, confió en las “ideas platónicas, en los “universales” del medioevo, en los “valores” de la nueva filosofía axiológica. No fue a la historia como aficionado: desde Tácito a Burckhardt, desde Mártir de Anglería a Juan de Castellanos, desde San Agustín a Toynbee, conocía sus maestros. Dominaba

también la Retórica: la armonía de su prosa se formó en la recitación de los grandes poetas. Desde que comenzó a escribir, Diego Carbonell, Rector de Mérida, le llamó "sabio". Aparecía, en su adolescencia, como un pequeño Menéndez y Pelayo. Cuando vino a Caracas por primera vez, don Felipe Tejera fue a visitarle a la pensión en donde había llegado, en donde conviviría con los Clavo, de Boconó, Alberto Adriani, Pastor Oropeza. Vestía don Felipe su clásico paltó levita y lo cubría el pumpá. Luego le invitó a su casa del Parque de la Misericordia. Fue un atardecer, tocaba el piano la honorabilísima y anciana esposa del gran retórico; don Felipe, con las manos cruzadas hacia atrás, miraba por la ventana abierta, hacia el parque; el joven Mariano, sentado gravemente en una silla de esterilla, algunas de las damas de la familia estaban allí; se ofrecieron buñuelos; la servidumbre oteaba.

Cicerón juzgó que se debía sustituir el choque de las armas por los trofeos de la patria, "nueva actitud histórica que preludiaba hace dos milenios el mejor estilo a que puede aspirar la política", comentó Mariano ha tiempo (*Hora y Deshora*), y agregó: "¿Y toda buena política no se hace por la tregua o acuerdo entre facciones disidentes; por ese territodio común de razón y legalidad que se establezca entre los partidos que pretenden la dominación del Estado?". Tales fueron sus ideas, a las que obedeció su conducta posterior. Nos deja varias obras maestras por el pensamiento y la expresión. De todas ellas, la más polémica será a la vez la más viva al través de los tiempos: *Regreso de Tres Mundos*, biografía ideológica de su tiempo, con el pretexto de su persona.

5 de enero de 1965

LOS COMIENZOS

El 28 de octubre de 1917, cuando Mariano Picón Salas no había cumplido los diecisiete años (nació el 26 de enero de 1901), leyó en la Universidad de Los Andes su conferencia sobre Las Nuevas Corrientes de Arte. Los paraísos artificiales de la literatura francesa decadente habían temporalmente cambiado al "muchacho montañés rudo más bien que artificioso" en un espíritu fabricado a la manera de un Farrère o un Mirbeau. "Soñaba con el opio, con las amargas del haschich y el retrato del desventurado Quincey y encendía mi cuarto de estudio con dos ojos que escanciaban brasas". De aquel desconcierto psicológico lo salvaron castizos personajes: don José Manuel de Montenegro, don Rodrigo Villa, el señor de la torre de Provedaño, presentados en las novelas de Valle-Inclán, Ricardo León y Pereda. No andaba lejos la lectura de Nietzsche, pues increpa a Tolstoy: "Pero la guerra es necesaria. Es necesaria, porque la bayoneta al hombro y bajo humo de los cañones, olvida el afeminado mozuelo de la ciudad los afeites con que ponía rosas en su cara y violetas en sus ojeras. Es la poda que aparta el gajo viciado del gajo henchido de savia".

El joven disertante conocía bien a Carlyle, Balzac, Bourget, Rolland, la Pardo Bazán, don Juan Valera, Gautier, La Bruyere, los grandes clásicos italianos, franceses, alemanes, ingleses, y muestra, en definitiva, su predilección por un

arte sano, espejo de Baudelaire. Los simbolistas de Mallarmé, que atribuyeron todo el valor al sonido y no al espíritu de la frase, le parecen ya olvidados. ¿Cuál será para él el arte nuevo? D'Annunzio y Verhaeren triunfan. El arte que canta la fábrica que humea, el aeroplano y el submarino.

El Rector de la Universidad de Los Andes, doctor Diego Carbonell, al ser clausurado el acto, dijo: "acabáis de apreciar, en la contextura robusta de un muchacho erudito, ésta que será la Patria del porvenir. . . Adivínase en el joven conferencista, como lo advierte él mismo, ese amor a la vida que exige el cumplimiento de una misión y que en una cacería de conceptos y de labores mentales, va sonriendo a los libros, a las mujeres y a los grandes espectáculos serranos. Había dicho que el esfuerzo de este muchacho sabio, con nuestra sabiduría alborotada, sorprende y entusiasma; y su precocidad, sin ser la de Pascal, la de Pico de la Mirándola, o la pasmosa precocidad de Goethe, pudieran ser, en el porvenir de la actual juventud de Venezuela, cuando los años consoliden la juventud exuberante, una personalidad de la familia espiritual de Cecilio Acosta, Fermín Toro y Aristides Rojas". (*Cultura Venezolana*, N° 7).

Tiempo después, al comentar don Lisandro Alvarado la aparición de *Buscando el Camino*. . . (Editorial Cultura Venezolana, Caracas, 1920), dice el joven autor que "sabía que era ingenuo, moderado, casi grave, y que aparecía exento de la petulancia o la imprudencia que raras veces dejan de acompañar al escritor harto joven no disciplinado en un aprendizaje regular, en una preparación sistemática". Mariano se había venido a Caracas, y su libro inicial fue festejado con un "bautizo" en la Casa Editorial que animó el espíritu civilizador del cojo doctor José Antonio Tagliaferro, el director de la revista que, con *El Cojo Ilustrado*, comparte el principado de nuestras mejores publicaciones. Un cojo real y otro metafórico. Parecía a don Lisandro que la poesía, más que la filosofía, había comunicado tono a las ideas del joven escritor. Destacaban, entre sus páginas, aquellas que, por la motivación directa, se prestaban para la propia originalidad: las dedicadas a Enriqueta Arévalo Larriva, Emilio Menotti Spósito, Tulio Gonzalo Salas. Concluía el maestro: "Pero en el afán de "buscar el camino", la filosofía le ha llevado a pensar en la inexorable realidad de Nietzsche, ante quien lanza miradas temerosas. ¿Qué pensará ahora de la socrática irónica de don César Zumeta, de las audaces doctrinas de Gil Fortoul, Vallenilla Lanz y Carbonell? ¿Avendrá al cabo que esta alma serena y artística de Picón-Salas penetre sin inmutarse en ese templo consagrado a Zoroastro redivivo, austero y triste, sombrío y místico, y que salga luego con los bellos ideales que le arrullaron cuando vivía en la vieja Mérida, en la paz intelectual imperturbable de que allí se disfrutaba de ordinario?" (*Cultura Venezolana*, número 21).

Abordará Picón Salas el tema de la raza y de las razas en su discurso en la Universidad de Los Andes del 18 de octubre de 1922. Ha estado un tiempo en Caracas, ha comenzado a estudiar derecho, ha seleccionado y prologado páginas de Juan Vicente González, que la Editorial "Victoria", animada por Emiliano Ramírez Angel, le publica; ha publicado un cuento en la Lectura Semanal, de Pocaterria; pero se encuentra decepcionado de este mundillo de picapleitos. En su discurso, defiende el mestizaje como signo de democracia, demuestra ya conocer a los cronistas españoles de la conquista y colonización, que serán después una

de sus más consultadas fuentes. Confía en el porvenir de la raza o "razas" más bien, pero sin que sea oportuno echarse a dormir "a la agradable música de nuestros orgullos pretéritos y de nuestras utopías futuras. Tenemos muchos problemas que resolver, debemos corregirnos de muchos defectos que fueron el mayor obstáculo que encontró el progreso cuando llegó hasta nosotros; tenemos una incapacidad no sé si remediable, para lo que precisamente exige de nosotros el porvenir: la obra lenta. Porque lo que necesitamos es una lenta y tesonera labor de educación. Entre nosotros hay más inclinación al esfuerzo aislado, pasajero y brillante, cumplido en un día, que a la labor cotidiana, tal vez más oscura pero también más perdurable. Quisiéramos confiar la resolución de todos nuestros asuntos a la obra rápida y fulgurante de un genio. No pensamos que los genios no vienen al mundo sino de tiempo en tiempo a realizar las grandes obras seculares. En nuestra inversión a lo mediocre, optamos por no hacer nada cuando nuestra obra no maravilló y dejó estupefactos a los demás. Debiéramos enseñar que la obra mediocre, cuando es sostenida y diaria, puede ser tan eficaz y tan sólida como la obra genial". (*Cultura Venezolana*, número 43).

Ya Alberto Adriano se había ido a Europa, y escribía desde Ginebra. Señalaba que Alemania no fue ni podía ser la sola culpable de la guerra, como lo había hecho creer la admirable propaganda aliada, llamaba la atención sobre la filosofía del "como si", de Vaihinger, la destrucción de los conceptos de espacio y tiempo objetivos por Einstein; la morfología de las culturas de Spengler, y se detenía, particularmente, en el retrato y exégesis de las ideas de Walter Rathenau, "el hombre nuevo" de Alemania, que acaba de desaparecer del escenario público.

Como se habrá visto, el educador y el sociólogo ya estaban perfectamente delineados en el Picón Salas que no ha llegado a la mayoría civil. Los jóvenes que puedan autojuzgarse genios tendrían una buena cura espiritual si revisaran estas primeras manifestaciones de Picón Salas como pensador y estilista. Confronten, en el silencio de la alcoba, cuánto había aprendido y enseñaba entonces Picón Salas, cuánto había hecho, y cuánto saben ellos ahora, de qué medios han dispuesto y qué han producido. De vez en cuando conviene que nos aleccionemos nosotros mismos en la humildad necesaria. De mí sé decir que los más petulantes coetáneos, que se creyeron genios y, se lo hicieron creer a sus parientes, fueron los que no produjeron ningún fruto; los que se quedaron en la bohemia estéril y pintoresca y cambiaron la primogenitura por la política o los negocios.

9 de enero de 1965

[De: *Fronteras*, Mérida, 15 de octubre de 1992, p. 2G. Edición XIV Aniversario].